



A Rosa Mª Calaf (Barcelona, 17 de junio de 1945) la jubilación le ha sentado muy bien pese a que no la acompañe del júbilo que llega con el merecido descanso tras una vida entregada al oficio. El periodismo, aunque de tanto en tanto le da algún que otro disgusto, sigue siendo el motor de su alegría. Ella no descansa, solo reformula. Ahora ha cambiado el micrófono de TVE por el de los centenares de foros en los que sigue defendiendo una ética profesional en vías de extinción y reclama un lugar y un tiempo para la mujer en los que no tenga que estar justificándose eternamente por serlo.

Su mirada hoy no ha perdido un ápice de la fuerza con la que abrió los ojos al mundo en una familia próspera de la Cataluña de mitad del siglo XX, donde encontró las herramientas necesarias para conquistar su independencia. Las historias de los amigos de su abuelo empresario en la India o los rincones de España que iba descubriendo con sus padres alimentaron su curiosidad y pronto sintió la necesidad de cruzar fronteras. Sin saberlo, ese sería su sino de por vida.

No era tan normal que una mujer joven viajase sola por aquel entonces, tampoco porcentualmente lo era ir a la universidad y menos hacer dos carreras, Derecho y Periodismo. Esta última, menos normal si cabe en el género femenino de la época, la cursó en la Escuela Oficial de Barcelona porque no existían todavía los estudios universitarios. Pero a lo largo de su historia a la Calaf le ha tocado ir conquistando derechos, ser pionera, abrir caminos, aunque por eso se la haya considerado incómoda en muchas ocasiones... A finales de los 60 le

tocó pelear para poder vestir como quisiera y para que su trabajo se midiera en función de su profesionalidad y no de sus faldas. Hoy ve con una mezcla de miedo y pena cómo las libertades alcanzadas se pierden o se deforman y la mujer vuelve a ser efecto de la cosificación en un universo que, preocupantemente, es cada vez más machista. Su pelo rojo con su inconfundible mechón dorado, idea del peluquero Lluís Llongueras, se ha convertido en seña de identidad y símbolo de esa rebeldía constructiva.

Rosa Mª empezó estudiando Derecho en la Universidad de Barcelona con la intención de continuar la carrera diplomática. Pero el periodismo se cruzó en su camino y, picada por el gusanillo, en 1962 empezó a compaginar la jurisprudencia con sus visitas a las Ramblas. Allí estaba el piso donde había abierto su sede la Escuela Oficial. Pronto se hizo un hueco en Radio Barcelona y más tarde empezó a colaborar con Radio Peninsular (emisora comercial de Radio Nacional en aquella época). Ahí volvió a ser pionera, convirtiéndose en la primera mujer (y de los primeros periodistas en general) en salir con una unidad móvil a hacer reportajes a pie de calle. La idea de la diplomacia seguía rondándole por la cabeza y continuó formándose en esa línea en Madrid. A mediados de los años 60 llegó a participar en Estados Unidos en cursos de política internacional en los que recibió clases de gente como Nelson Rockefeller o Jimmy Carter. Al final el micrófono ganó la batalla, pero toda la formación que ha acumulado en su vida ha sido clave a la hora de configurar el modelo de reportera que ha encarnado.

Cuando se prejubiló de su puesto en Radiotelevisión Española en 2009 lo hizo ostentando el título de corresponsal más veterana. Durante décadas ha estado al frente de las delegaciones en Nueva York (1984-1987), Moscú (1987-1989 y 1996-1999), Buenos Aires (1989-1993), Roma (1993-1995), Viena (1996), Hong Kong (1998-2007) y Pekín (2007-2008). Asimismo, fue directora de programación de TV3 en 1983. Como suele ocurrir con las grandes figuras, su profesionalidad es directamente proporcional a su humildad, cercanía y accesibilidad. A ella no le hace falta lucir galones, aunque en forma de premios tiene decenas de ellos que incluyen los más prestigiosos en el oficio: *Ondas*, *Nacional de Periodismo*, *Micrófono de Plata*, *Periodista del Año*...

Solo le quedan 13 países del mundo por conocer y tiene claro que poco a poco irá reduciendo la cifra. Lo hará en el tiempo libre que le dejen sus conferencias y sus encuentros con escolares, los consumidores de la información del presente y del futuro, a los que quiere abrir los ojos sobre unos medios de comunicación que cada vez están menos al servicio de la sociedad y se sirven más de ella. Cuando los intereses económicos ponen a los medios a su servicio convierten la información, algo tan frágil, en simple mercancía. Y ella, que ha entregado su vida por la información, no está dispuesta a consentirlo. \*/